

## LA CULPA NO ERA DE LA COCA-COLA, O DE POR QUÉ LO PERSONAL NO ES POLÍTICO.

Manuel ESCAMILLA CASTILLO  
Universidad de Granada (España)

CATALÁN, Miguel, *Anatomía del Secreto*, Premio Ciudad de Valencia Juan Gil-Albert 2007, Del Taller de Mario Muchnik, Barcelona, 2008, 415 págs.

“Lo personal es político” es un eslogan que se repite en ámbitos feministas y que llama muy claramente la atención por sus claras connotaciones totalitarias. Del tenor literal de la proclama no puede deducirse la afirmación sensata de que lo político debe estar al servicio de lo personal; por el contrario, se trata claramente de que lo personal quede sometido a lo político, de que lo político ahorme lo personal, lo politice y, en la medida en que lo consiga, lo haga desaparecer o, mejor lo someta a una personalidad distinta, ajena, elimine su autonomía, que es lo que lo hace ser lo que es, para volverlo heterónimo. El movimiento feminista ha sido enormemente positivo en su conjunto por haber iniciado y acelerado el proceso de emancipación de las mujeres de la servidumbre a la que han estado sometidas universal y eternamente, servidumbre a la que continúan sometidas en gran parte del mundo en nuestros días. Por esta constancia libertadora en favor de la mitad del género humano que ha tenido el movimiento feminista es por lo que impresiona tanto el claro sesgo totalitario, liberticida, del eslogan de marras. Claro está que la fuerza revolucionaria del feminismo no iba a pasar inadvertida para los demagogos que siempre están al acecho de las ilusiones humanas para cobrar lucro de la degeneración que ellos mismos provocan de los principios, sistemas e ideas en que se plasman esas nobles ilusiones. El feminismo no iba a resultar inmune a un totalitarismo que ha sacado ventaja cada vez que ha podido de los anhelos de justicia, de progreso, de solidaridad que han llevado a los seres humanos de buena voluntad a reivindicar la libertad, la igualdad, la democracia o los derechos humanos. Por eso, en el movimiento feminista, que es un movimiento que ha sido y continúa siendo imprescindible para el logro de un mundo más justo y más feliz, en ese movimiento también encontramos algunas conspicuas totalitarias intentando pescar su oportunidad.

“Lo personal es político” parece que es un eslogan que algunas feministas toman de esa fábrica de imaginación para la toma del poder político que fue el Sesentayocho.<sup>1</sup> El sesentayochismo, efectivamente, remodeló con notable éxito el antiguo descubrimiento de la capacidad de conquista de la propaganda. La finalidad

---

1. Vid. Elena Simón, *Hijas de la Igualdad, herederas de injusticias*, Editorial Narcea, Madrid, 2008, págs. 46-49. Debo esta información a mi colega, la profesora Juana María Gil Ruiz.

del sesentayochismo también era vieja: cambiar la realidad sin pararse a intentar comprenderla. ¿Para qué comprenderla si, de todos modos, ya estaba condenada? Y, sobre todo, ¿para qué hacer una deliberación sobre diversas concepciones del bien, y una elección entre ellas cuando no sean compatibles, si el sentido justo de la marcha de la historia es una cuestión objetiva, indisputable?

“Lo personal es político”, hunde sus raíces, naturalmente, en Aristóteles, en la conocida proclamación de la *Política*<sup>2</sup> del hombre como un animal político (o, mejor, cívico o social). Aristóteles señaló inmediatamente que esa sociabilidad no era gregaria (como la de las abejas) debido al elemento diferenciador de la posesión de la palabra, y no meramente de la voz, y de su virtualidad dialógica, que permite la participación comunitaria sobre el sentido apropiado de los valores (de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo conveniente e inconveniente, etc.). Por eso, lo distintivo del humano era la civilidad o “politicidad”.

Pero Aristóteles nos habla en el contexto comunal de la Antigüedad clásica, contexto que ya nos resulta, en su puridad, imposible de compartir, aunque podamos concebirlo intelectivamente. Esa imposibilidad nos viene dada por nuestra modernidad, que hace que, como al mono de Kafka,<sup>3</sup> nos sea imposible volver a nuestra existencia salvaje anterior sin dejarnos la piel a tiras en el esfuerzo. Thomas Hobbes nos introdujo en esta Modernidad nuestra al sentar las bases de un camino que él no pudo imaginar lo lejos a lo que nos llevaría. En efecto, en el *Leviatán*<sup>4</sup>, retoma la cuestión que había planteado Aristóteles y parte de los mismos términos en los que lo había hecho éste, la diferencia entre la mera voz del resto de los animales y la palabra que es distintiva del hombre. La conclusión de Hobbes es que la palabra tiene un inevitable uso retórico (“...algunos hombres pueden representar a otros lo que es bueno dándole la apariencia de malo, o lo malo dándole la apariencia de bueno, y aumentar o disminuir a su antojo las dimensiones de lo bueno y de lo malo”) y que esa retoricidad del lenguaje es especialmente importante porque “...el acuerdo que existe entre estas criaturas (las abejas y las hormigas) es natural, mientras que el de los hombres se hace mediante pactos solamente, que es algo artificial”.<sup>5</sup> Es decir, los animales gregarios son gregarios porque sus intereses se identifican por obra de la naturaleza, mientras que, en el hombre, toda identificación de intereses es artificial porque, por naturaleza, divergen los de unos respecto de los de otros.

En este contexto moderno, la reivindicación de lo personal como político supone retroceder mucho más allá del virtuosamente moderado Aristóteles para recaer en las prácticas de la República de Lacedemonia, en las teorías comunistas de la *República* de Platón o en la conversión sofística de la dialéctica en retórica descarnada, en la denuncia que nos acaba de recordar Hobbes. Sobre todo porque,

2. *Política* I 2, 1253a9 y ss.

3. Me refiero al *Informe para una academia*, de Franz Kafka.

4. *Leviatán* II 17.

5. Utilizo la traducción de Carlos Mellizo, Alianza, Madrid, 1989, pp. 143-4.

con “lo personal es político”, no estamos ante la mera proclamación de la dialogicidad de los valores que hay en el hombre como animal político de Aristóteles; no se trata siquiera de una mera descripción que puede ser más o menos atinada, la intención de la propaganda es claramente prescriptiva: “lo personal habrá de ser tal y como políticamente se determine”, lo que viene a equivaler al decreto de anulación de lo personal, ya que si lo personal es político, ya no es personal, ya viene dictado desde afuera. Lo que hay afuera de lo personal (hay que seguir recordándolo siempre) no es lo colectivo (un fantasma dañino) sino un personal-otro que se ofrece altruistamente como médium de esa psicofonía que es lo colectivo. Esa es la esencia del totalitarismo, presentar como toda la colectividad lo que no es más que una parte pequeña de ella (a veces la parte mínima, sólo el Conducator), y exigir el sacrificio del resto ante esa mínima parte sicofanta.

Frente a las múltiples versiones del totalitarismo impostor (no hay un totalitarismo que no lo sea) el recurso tradicional ha sido el de hacer valer un ámbito inmune al todo, una clausura en la que pueda darse la autenticidad del sujeto; frente a lo político, lo personal, puesto que lo político suele sucumbir a la llamada jacobina a la imposición y rehuye la convivencia, la tolerancia.

Pero el sedicente todo (sedicente porque, pese a su propia proclamación abarcadora, es siempre excluyente, parcial, partidista) siempre recela de esa intimidad de lo personal, de la trastienda que se pueda hacer cada cual para vivir a su aire, y tratará de arrasarla con pretextos diversos: el interés general, la verdad, algún dios (un Dios verdadero, que llene los corazones de los humanos, no necesita de defensa humana alguna; más bien aborrecerá la violencia que se haga en su nombre). Lo personal, entonces, no tiene más remedio que esconderse para sobrevivir, volverse secreto.

Es este el secreto cuya anatomía se propone trazar Miguel Catalán en la obra que reseño. Este libro es la tercera entrega de su *Seudología*, habiéndose ocupado en las dos anteriores de la “Ilusión, autoengaño y utopía” y de la “Mentira”. El tema central de nuestra obra es, entonces, la privacidad como defensa frente a la pretensión totalitaria de lo social; un intento de coexistir con esa sociedad que nos es propia, que necesitamos para ser nosotros no siendo otros pero que, al mismo tiempo que nos permite ser más plenamente nosotros con el concurso de los demás, y que nos permite definirnos por contraste con ellos, puede cancelarnos, cancelando nuestra peculiaridad.

La necesidad del secreto surge, en primer lugar, por tanto, como recurso para un distanciamiento temporal, aunque recurrente, que nos permita seguir siendo nosotros mientras convivimos con los demás. Pero está también, en segundo lugar, el recurso al secreto como defensa. Tienen que defenderse de los demás, mediante el secreto, los extravagantes y los delincuentes. Los extravagantes, porque pueden quedar sometidos a una presión social insufrible para reducirlos a la normalidad; los delincuentes, porque serán penalizados.

La opción del profesor Catalán es apasionada en favor de la intimidad, de la privacidad, del secreto como defensa frente a la presión totalitaria de la sociedad.

En las sociedades en las que los valores de la Modernidad (la tolerancia principalmente, para el tema que nos ocupa) hayan prendido, el recurso al secreto será más raro, pero siempre existirá. Existirá, está claro, por parte del delincuente dañino, porque siempre habrá quien pretenda medrar mediante el quebrantamiento de las normas que los demás deben respetar; pero también por la historicidad de los conceptos de normalidad-extravagancia, integración-disidencia; historicidad que genera una dialéctica de ensanchamiento y desplazamiento de los horizontes de lo admisible. Hay una tercera razón presente en la pervivencia del secreto, y a la que me voy a permitir llamar culteranamente la razón Bartleby, según el cuento de Melville, *Bartleby, el escribiente*: el secreto sin motivo expresable; porque sí; porque ¿a quién le importa?; porque forma parte de la privacidad que nos permite seguir siendo nosotros mismos el poder estar a cubierto de la mirada ajena sin tener que dar explicación alguna de nuestro deseo de intimidad, sin tener que proporcionarnos esa explicación ni siquiera a nosotros mismos, teniendo la facilidad para la soledad, o para el apartamiento en un grupo reducido, que proporciona la ausencia de una compleja justificación. Concediendo a la incomunicación la misma normalidad que otorgamos al trato.

En el libro de Miguel Catalán, el contenido es parejo al continente. La importancia de la defensa del ser humano frente al todo recibe el tratamiento adecuado de un estilo lleno de fuerza argumentativa y de un lenguaje rico, complejo y elegante. Es un texto trabajado y, entonces, trabado; avanza por el tiempo, los autores y los argumentos con una gran coherencia. Por mucho tiempo (por todo el que media desde la Antigüedad hasta nosotros: todo el tiempo), por muchos autores y muy variados (filósofos, novelistas, dramaturgos, memorialistas o los recuerdos de la propia experiencia del autor), por todos los argumentos de los atacantes de la privacidad. Hay en Miguel Catalán una gran pasión por la libertad y consigue entusiasmar al lector, hacerle compartir esa pasión; hacernos, paralelamente, despreciar el poder social que tiende casi inevitablemente a eliminar la individualidad, hacernos despreciar esa masa, en la que nosotros mismos podemos tal vez llegar a integrarnos, que hace escarnio y exterminio de lo humano de lo que procede:

“... el llamado “toro de Fálaris”. Consistía en una figura de bronce en forma de toro en cuyo interior se quemaba vivos a los herejes. Este tormento suscitaba la risa a coro de los espectadores porque los gritos desesperados de las víctimas, al salir por la boca metálica del artefacto, evocaban los mugidos de un toro. La hilaridad colectiva y la humillación individual se concitaban en un espectáculo humorístico que ridiculizaba al disidente en el mismo momento de ajusticiarlo ante el grupo que ríe y comenta.” (págs. 41-2).

Seamos ahora críticos con el libro, porque el puro elogio remite a “adhesiones inquebrantables” que dicen poco y mal de la capacidad intelectual o la integridad del elogiador y, paralelamente, del objeto del elogio en que haya podido reparar escribano de tan magro caletre.

Digamos, de entrada, que no es un libro exploratorio, no es una obra que examine un problema, el del secreto en la sociedad, para intentar determinar sus ventajas y sus inconvenientes, examinando las actitudes contrapuestas de diversos autores; se trata más bien de un libro de *parti pris* o, desde otro punto de vista, de un libro comprometido, con causa que defender; actitud quijotesca que, dada la justicia de la causa, honra a su autor, pero que también se descuadra un poco del esquema del libro académico. Es un libro militante, aunque de una militancia inteligente, elegante y honorable, lo que ya es mucho; casi todo, en realidad. Pero trata abrumadoramente de convencer de su actitud acumulando argumentos, citas, emociones hasta anonadar... a un lector que ya está convencido puesto que ha elegido ese libro para leer. Eso sí, el lector está ahora plenamente informado de por qué debía sostener la opinión que ya tenía sobre la cuestión y podrá defenderla mucho más sesudamente.

Es, también, la obra de un ilustrado. No es cosa de reprochar ilustración a un español, habitante de tierra de infieles en lo tocante a luces, como ya advirtiera Unamuno respecto de una de las porciones de la patria hispana. Pero la implacable razón de Miguel Catalán no es capaz de apreciar aspectos de la realidad que son de peso. Por ejemplo, en su examen del juramento (pp. 245-6), al que, siguiendo la estela de Bentham, desbarata a fuerza de racionalidad, no puede percibir la carga simbólica que tiene el artefacto, lo que le mengua esa capacidad de comprensión.

Y, finalmente, se aprecia una cierta uni-dimensionalidad en el enfoque: el secreto como defensa del ser humano frente a las intromisiones de la sociedad y, por tanto, la condena de la intromisión forzada de la publicidad, como queda especialmente claro en su examen del Panóptico benthamiano (Capítulo 8). Este enfoque, muy oportuno sobre todo en países como el nuestro, de una modernización siempre defectiva, impide tomar en consideración con la extensión adecuada dos aspectos importantes del secreto: el secreto en las sociedades secretas y el secreto de los gobernantes.

Respecto de la primera cuestión, la reflexión sobre el paralelismo entre individuo y sociedad se nos revela particularmente oportuna. Las sociedades, tanto las grandes, las nacionales o internacionales, también la utópica sociedad cosmopolita, como las pequeñas, las que integran la sociedad civil, no son más que la resultante de los individuos que las integran, por lo que las consideraciones relevantes respecto de éstos son aplicables a aquéllas. Toda la apasionada y merecida defensa que hace Catalán del secreto individual, vale la pena hacerla igualmente del secreto en las sociedades pequeñas. Incluso aquí, las sociedades merecen una defensa tan enérgica como los individuos, puesto que los poderes sociales o las mayorías las temen más que a éstos (por su mayor eficacia, hay que pensar). Recordemos que la Constitución española prohíbe las asociaciones secretas, lo que es tanto como prohibir los pensamientos. Sin embargo, como el secreto es sólo el grado extremo de la discreción, y lo opuesto a lo vocinglero, es oportuno plantearse la discreción en las sociedades particulares, a la que no parece que pueda objetarse nada. No conviene olvidar, no obstante, que a medida que aumente la discreción en una

asociación, debe aumentar igualmente la transparencia interna o la plenitud de las reglas que rijan su actividad; o, mejor, las dos conjuntamente: la plena libertad de información activa y pasiva y de discusión sobre los asuntos societarios, acompañada por una regulación tan completa como sea posible, son los únicos remedios para el despotismo en el interior de esas sociedades.

Las mismas consideraciones hay que hacer, entonces, respecto de las sociedades grandes, de las sociedades nacionales o internacionales. Aquí, no hay ya una sociedad externa con la que guardar discreción, con lo que la transparencia interna que debe imperar en las sociedades pequeñas adquiere una dimensión nacional o internacional. Es el Tribunal de la Opinión Pública que teorizó Bentham revirtiendo genialmente su inspector general del panóptico. Por eso el panóptico es tan importante para Bentham y tan importante para el desarrollo de la teoría política democrática contemporánea. Tan importante como que sin este gran e impersonal panóptico que es la opinión pública libre (un trasunto del mercado libre, por otra parte) no podría darse la democracia representativa. Cuando la opinión pública libre puede inspeccionar francamente las operaciones de los gobernantes y esa inspección determina quién y durante cuánto tiempo ha de gobernar, tenemos cuanto es imprescindible para la democracia. Cuando la democracia está sujeta al imperio de la ley y al respeto de los derechos humanos, tenemos cuanto es necesario para evitar el despotismo, para establecer sociedades en que imperen la libertad, la igualdad y la fraternidad. Las sociedades libres, iguales y fraternas (¡ay!) tienen enemigos y la eficacia en el combate a los enemigos puede exigir el recurso al secreto. *Never say never again.*

*Da capo*, ya que las reglas del discurso narrativo requieren, desde Steinbeck si no antes, que reaparezca al final el tema inicial, cobrando ahora pleno sentido. ¿Cómo defender que lo personal no debe ser político? Más en concreto, que es el argumento feminista principal: si defendemos la privacidad, la discreción respecto de lo personal, la intimidad, por no hablar ya de su extremo, el secreto ¿no estamos defendiendo con eso la opresión, la miseria, los malos tratos o la muerte que se inflige a los más débiles en el seno de muchas familias? Creo que no. La discreción o el secreto tienen su límite, como todo aquello que abarca la libertad, en el daño al otro. No es un uso admisible de la libertad el que ocasiona un daño a otro. Es un principio liberal básico donde los haya. Y esto no quiere decir que la libertad sea mala; muy al contrario, como requisito *sine qua non* de la dignidad humana irrenunciable, junto con la igualdad y la fraternidad, es buena por encima de todas las cosas. Si destruimos la libertad para intentar acabar con el delito, no conseguiremos nuestro objetivo sino que habremos de sufrir los crímenes espantosos de las dictaduras, sin que acaben las exacciones insufribles del despotismo familiar. Quien inculpe a la discreción, la intimidad, el secreto incluso, de la opresión en ciertas vidas de familia, como hace el minoritario sector totalitario del feminismo, incurre en el mismo fallo del viejo chiste en el que alguien que había tomado sucesivamente ginebra con coca-cola, ron con coca-cola, vodka con coca-cola, y recurriendo al principio científico de determinación de la causa a través de lo efectos, culpaba a la coca-cola de su impenitente embriaguez.